

Fuera En Jerez.
Un trimestre. 675 ptas Un mes. 2 ptas
Un año. 22'50 "

El Guadalete.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852.)

AÑO XXXVIII.

Jerez de la Frontera: Viernes 13 de Mayo de 1892.

Núm. 11.087

FERRO-CARRILES
DE JEREZ A SEVILLA, CADIZ Y SANLUCAR.

	M.	M.	T.	T.	N.
De Jerez a Sevilla. . .	7 16	5 02	9 29		
" " a Cadiz. . .	7 20	10 38	4 06	13 9	20
" " a Sanlúcar. . .	7 33	12 10	7 18		
De Sevilla a Jerez. . .	7 13	3 18			
" " de Cadiz a Jerez. . .	5 48	9 35	3 15	6 35	11 25
" " de Sanlúcar a Jerez. . .	5 52	9 30			

Los Martes, Jueves y Sábados sale un tren para Sanlúcar a las 7'30 de la mañana, regresando a las 9'30 de la misma, en los mencionados días.

El Guadalete.

LA CARTA DEL PAPA.

(Del Globo.)

Quisiéramos publicar íntegra, después de ponerla sobre nuestra cabeza, la admirable carta dirigida por el Sumo Pontífice a los cardenales franceses, arzobispos de Tolosa, Argel y Cartago, Rennes, Lyon, Reims y París, mas nos lo impiden su mucha extensión, y debemos contraernos á regredir la parte principal de tan hermoso documento.

Comienza Leon XIII hablando de su última Enciclica, y demostrando la necesidad de que Francia no se des cristianice ni pierda la fé que ha labrado su grandeza en la historia.

«Hé aquí lo que nos ha determinado, por nuestra libre iniciativa y con pleno conocimiento de causa, á elevar la voz, y no cesaremos de elevarla cada vez que lo juzguemos oportuno, con la esperanza de que la verdad habra de abrirse camino hasta los corazones que la resisten, acaso con un resto de bueno fé. Y como el mal que se hallamos, lejos de limitarse á los católicos, hiere á todos los hombres de sentido, por eso les hemos dirigido nuestra Enciclica, para que todos se dediquen á detener á la Francia en la pendiente que la conduce al abismo. Ahora esos esfuerzos serán estériles si falta á las fuerzas conservadoras la unidad y la concordia en la persecucion del objeto final, que es la conservación de la religion, al que debe tender todo hombre honrado, todo amigo sincero de la sociedad, como ha demostrado plenamente nuestra Enciclica.

Así fué aceptado en Francia el primer imperio, después de una espantosa y sanguinaria anarquía; así fueron aceptados los otros poderes, monárquicos ó republicanos, que se han sucedido hasta nuestros días.

Y el motivo de esta aceptación es que el bien de la sociedad importa sobre todo otro interés, porque ese es el principio creador, el elemento conservador de la sociedad humana, de donde se deduce que todo buen ciudadano debe quearlo y procurararlo á toda costa.

Pero una vez precisado nuestro objeto, cuáles serán los medios de asegurar esa union?

Lo hemos explicado, y hemos de repetirlo para que nadie dude de nuestras enseñanzas: uno de esos medios será aceptar sus reservas, con la entera y perfecta lealtad que es propia de cristianos, el poder civil en la forma en que, de hecho, exista.

Ahora, de esta necesidad de asegurar el bien comun se deriva, como consecuencia propia é inmediata, la necesidad de un poder civil que, orientándose hácia el fin supremo, dirija á él constantemente las voluntades de los ciudadanos. Así, pues, si en una sociedad existe un poder constituido y en ejercicio, el interés comun se encuentra ligado á ese poder y se le debe,

por esta razon, aceptar tal como sea. Por este motivo y en este sentido hemos dicho á los católicos franceses: «Aceptad la República; es decir, el poder constituido y existente entre vosotros; respetadle y estadle sumisos, como representantes del poder de Dios.»

Pero ha habido hombres, pertenecientes á diversos partidos políticos y tambien sinceramente católicos, que no se han dado cuenta exacta de nuestras palabras, á pesar de ser tan claras y tan sencillas que no podian dar ocasion a falsas interpretaciones.

Conviene reflexionar que si el poder político es siempre de Dios, no se sigue de aquí que la designacion divina afecte siempre é inmediatamente á los modos de transmision de este poder, ni á las formas contingentes que reviste, ni á las personas en quien recae. La variedad misma de esos modos en las diversas naciones, muestra hasta la evidencia el carácter humano de su origen.

Hay más. Las instituciones humanas mejor fundadas en derecho y establecidas en vias tan saludables como se quiera para dar á la vida social un fundamento mas estable é imprimirla un vuelo más poderoso, no conservan siempre su vigor conforme con las limitadas previsiones de la sabiduria humana.

En política, más que en todo, sobrevienen cambios inesperados. Monarquías colosales se arruinan ó se desmembran, como los antiguos reinos de Oriente y el imperio romano: las dinastías suplantadas por las dinastías, como la de los Carlovingios y los de los Capetos en Francia; á las formas políticas adoptadas, sustituyen otras formas, como demuestra nuestro siglo con numerosos ejemplos. Estos cambios estan muy lejos de ser siempre legítimos en su origen; es muy difícil que lo sean.

Sin embargo, el criterio supremo del bien comun y de la tranquilidad pública impone la aceptación de estos nuevos gobiernos establecidos de hecho, en el lugar de los gobiernos anteriores que, de hecho, ya no existen. Así se encuentran en suspenso las reglas ordinarias de la transmision de poderes, y pueda ser que con el tiempo se hallen abolidas.

En medio de estas transformaciones extraordinarias que surgen en la vida de los pueblos, y de las cuales pertenece á Dios tan sólo calcular las leyes, y al hombre utilizar las consecuencias, el honor y la conciencia reclaman, en todo estado de cosas, una subordinacion sincera á los gobiernos constituidos, en nombre de ese derecho soberano é indiscutible que se llama «la razon del bien social.» ¿Qué sería, en efecto, del honor y de la conciencia, si fuese permitido á los ciudadanos sacrificar á sus puntos de vista personales ó á sus conveniencias de partido los beneficios de la tranquilidad pública?

Después de haber establecido en esta Enciclica esta verdad, hemos formulado la distincion entre el poder político y la legislación, y hemos declarado que la aceptación del uno no implica la de la otra en

los casos en que el legislador, olvidado de su mision, se pusiera en oposicion con la ley de Dios y de la Iglesia. Y obsérvenlo todos bien: emplear su actividad y usar su influencia para inclinar los gobiernos á que cambien por otras buenas las leyes inicuas ó desprovistas de sabiduria, es probar un patriotismo tan inteligente como valeroso, sin que implique ni sombra de hostilidad á los poderes encargados de la cosa pública.

¿Quién se atreveria á denunciar á los cristianos de los primeros siglos como adversarios del imperio romano, porque no se inclinaban bastante sus prescripciones idolátricas y se esforzaban en obtener su abolicion?

En el terreno religioso, así comprendido, los partidos políticos conservadores pueden y deben encontrarse de acuerdo.

Pero los hombres que subordinan todo al triunfo de su partido político respectivo, aunque sea con el pretexto de que les parece el mas apto para la defensa religiosa, serian desde luego sospechosos de una funesta equivocacion de ideas y de querer anteponer la política que divide, á la religion que une.

—Y culpa suya sería si nuestros enemigos, explotando sus disenterimentos llegasen finalmente á aplastarnos á todos.»

LA CONQUISTA DEL PAN.

Tal es el título de una carta que desde París dirigen al *Heraldo* y éste publica. La carta esta inspirada en un gran pesimismo y asienta afirmaciones terribles sobre lo pasado, lo presente y lo futuro; pero hay pinceladas tan llenas de verdad en el cuadro que traza el escritor, que bien merecen ser puestas al alcance de cuantos quieran juzgar fria y desapasionadamente las grandes miserias morales de nuestros días, y el pavoroso problema que llamamos cuestion social.

El odio al derecho y al deber, ha sido la esencia de todas las revoluciones, porque nunca los hemos derivados de nuestra naturaleza, sino que los hemos convenido á nuestro gusto. La cuestion ha estado siempre en que la mayoría se haya conformado con el convenio, y sólo mientras ha durado esa conformidad han durado aquellos derechos y deberes. Pensados y establecidos como eje de la humanidad, se han convertido en una cadena el deber y en un látigo el derecho, y como no hay eje que valga ni Cristo que ruede con un látigo sobre las espaldas y una cadena en los pies, deberes y derechos han cambiado infinitamente en la historia, y siempre el derecho nuevo ha parecido una herejía al beneficio por el derecho antiguo amenazado de muerte. Los argumentos en pró y en contra han sido siempre los mismos. Los partidarios de la monarquía absoluta sacaban de lo divino y de lo humano en pró del derecho del Rey, los mismos argumentos que sacamos hoy nosotros en pró de nuestro derecho de propiedad, que es el que peligra.

En este sentido de los procedimientos para el ataque y la defensa, las revoluciones no significan un progreso, á pesar de ser todos los pasos más largos hacia delante que ha dado la humanidad, en razon á las nuevas gentes que han traído á gozar de sus beneficios. En este sentido, esa revolucion social que se elabora será el progreso mayor, puesto que nunca han sido tantos como seran con ella los beneficiados, los hombres traídos á la nueva vida, que nacerá de la muerte del régimen actual. ¡Horror abominable dirá cualquiera de ustedes; ¡progreso una revolucion, cuyo lema es la CONQUISTA DEL PAN!

Si. ¿Por qué no? En primer lugar, quierocargaros de razon. Aunque ya para los entendimientos privilegiados ó cultos de esa revolucion no es, como para algunos de sus precursores, una necesidad de muerte de todo lo que sea arte, ideal, ese divino

No son las legiones del czar, es la palabra augusta de Leon XIII, la que rompe y desquicia el cerco de hierro de la Triple Alianza.

Saludemos todos los demócratas, amantes de la justicia, y enemigos de la fuerza bruta, al venerable sucesor de San Pedro.

D. él puede decirse, en verdad, que representa, según la frase de Quevedo, la verdadera política de Dios y el verdadero gobierno de Cristo.»

La carta está firmada en Roma, á 3 de Mayo de 1892, año décimo quinto del Pontificado de Leon XIII.

No hemos de comentarla, ni de retorcer el sentido de algunos de sus párrafos, én busca de arbitrarias interpretaciones. Quédesetala tarea para los que hacían provecho y granjería de la intolerancia religiosa, para los que declaraban, creyendo ó nó, que existía una incompatibilidad irreductible entre la Democracia y la Iglesia.

Ni siquiera subrayaremos aquellas palabras en que el Papa ordena á los católicos franceses la aceptación, sin reservas ni distinciones, de la República.

Únicamente queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre dos proposiciones que encierran un alto sentido moral, filosófico y político, y que, además de dar reglas para lo presente, parecen vaticinar radicalísimas transformaciones futuras:

—«¿Qué sería del honor y de la conciencia si estuviere permitido al ciudadano sacrificar á sus miras personales y á los intereses de partido—aun á pretexto de mejor servicio de la religion—los beneficios de la tranquilidad pública?

—«Se encuentran en suspenso las reglas ordinarias de la transmision de poderes, y puede ser que con el tiempo se hallen abolidas.»

Bien hará Francia en agradecer favores tan grandes al Sumo Pontífice.

La República que, olvidándose de su nobilísimo abolengo, buscaba la amistad de la semi bárbara Rusia, habrá visto, por fin, dónde tiene su mejor amigo y apoyo.

supérfluo más necesario que lo necesario, es cierto que la masa confunde en sus odios esta propiedad inmarcescible de las ideas con aquella propiedad grosera del terruño. Aquellas famosas herejías de Proudhon que él mismo borró ó atenúo después cuanto le permitía su convicción orgullosísima, ya no se tienen en pié en ninguna obra de estudio reposado. Pero es innegable que para la masa que sube es también enojosa esa burguesía del talento, y por la misma razon que la otra, porque ha monopolizado la ilustracion que ella no tiene tiempo para proporcionarse...

Le Figaro reproducia en su suplemento del Domingo cuatro grabados de un folleto socialista, publicado en Holanda y divulgado por todo el mundo, singularmente en Alemania, entre los trabajadores del campo. En el primer grabado vemos un terreno cercado con una valla y en ésta una inscripción: «tocar esta barrera es crimen de alta traicion.» esa es la Monarquía absoluta representada por un cerdo con corona, metido con la augusta majestad de sus mantecas en un balde de comida, mientras tres ó cuatro cochinitos esperan humildemente las sobras.

En el segundo grabado tambien existe la valla; pero el letrado dice «reservado á los privilegiados.» El cerdo rey es más pequeño y comparte el comedero con sus ministros: es la Monarquía constitucional. En el grabado tercero ya no hay valla, los cerdos «en libre concurrencia» están mezclados; pero riñen, se muerden y unos comen y otros no: es la República. El cuarto grabado es la apoteosis, el Estado del porvenir, «á cada uno su parte:» cada cerdo grande ó chico, tiene su departamento, y en él devora tranquilamente la pitanza...

¡Ah! No es halagüeña la leccion. ¡Siempre cerdos! Pero no nos pongamos moños ni seamos injustos. En primer lugar, el nervio de todas las revoluciones, como de todos los hechos cumplidos por la masa humana, ha sido el cerdo, ya bajo las augustas supremas del hambre, ya sólo bajo el aguijón de la codicia. Comer algo, ó comer más, ó defender el comedero, no ha sido otra la razon de nuestras grandes hazañas. Ninguna debió ser tan espiritual como las Cruzadas, en que sólo parecía intervenir el fervor religioso, y ninguna guerra, sin embargo, tan materialista. Aparte de los grandes caudillos que en aquella conquista se embarcaron sin más propósito que el de asegurarse un trono, y de los pueblos que la persiguieron con el único objeto de abrir rumbos y mercados al comercio, movilizándolo á la vez la riqueza feudal, en inacción funesta, no encontramos en los soldados, ni colectivamente en los ejércitos, otra mira que la de la rapiña allá, y el prestigio cotizuable á la vuelta aquí. Las crónicas de Joinville, y mejor las anónimas publicadas por la Academia de Francia, son edificantes. Lo mismo en las revoluciones: sin las pérdidas que acarrearaban al comercio de Londres las disparatadas aventuras de su reyes; sin la miseria desatada sobre Francia por el fausto y la concupiscencia de la corte; sin la estrechez producida en los Estados Unidos por un aumento colosal de la inmigracion, ni la revolucion inglesa, ni la revolucion francesa, ni la revolucion norteamericana figurarian en nuestros gloriosos anales...

Y además de esto, nosotros no podemos quejarnos de que no se haya modificado para la nueva revolucion el espíritu humano, pues nosotros no hemos hecho esfuerzo alguno por transformar el cerdo. Al ver

